

Bloque 2a. Tema 11.

La crisis de la monarquía absoluta (abdicaciones, ocupación napoleónica)

La **Revolución Francesa de 1789** tuvo un fuerte *impacto sobre la monarquía española*. El temor a la expansión de las ideas revolucionarias llevó inicialmente al gobierno de Carlos IV a adoptar una *política de aislamiento y represión*, especialmente durante el mandato de Floridablanca. La posterior radicalización revolucionaria y la ejecución de Luis XVI provocaron la ruptura con Francia y la Guerra de la Convención (1793-1795), mientras que la posterior llegada de Napoleón llevó a España a establecer de nuevo una alianza con Francia.

1. La crisis de la monarquía absoluta española

A comienzos del siglo XIX, la **monarquía de Carlos IV se encontraba muy desprestigiada**. Las razones residían básicamente en una *crisis del sistema de gobierno*, del que las figuras más destacadas eran entonces el rey, la reina (M^a Luisa de Parma) y, sobre todo, el favorito, **Manuel Godoy**, quien acumuló un enorme poder político.

El continuo estado de guerra obligó a la monarquía a aumentar los gastos militares y a recurrir al endeudamiento, agravando el *déficit de la Hacienda*. Las dificultades para aumentar los ingresos en una sociedad basada en los privilegios estamentales limitaron la capacidad de la monarquía para hacer frente a la crisis económica. Estos factores, junto con el aumento de la presión fiscal sobre las clases populares generaron un *creciente malestar social*, que se manifestó en la oposición a Godoy y, finalmente, en el apoyo al motín de Aranjuez. La creciente oposición a la política de Godoy favoreció la aparición de diferentes propuestas de reforma de la monarquía, que posteriormente se dividirían entre posiciones liberales y absolutistas.

La *Iglesia Católica también estaba enemistada con Godoy*, sobre todo a raíz de la desamortización que este promulgó en 1798 para hacer frente a la creciente deuda de la Hacienda. Pese a esto, los ingresos obtenidos fueron insuficientes para resolver la crisis financiera, por lo que la deuda continuó aumentando.

También era mal vista la *subordinación de la política exterior española a las necesidades de la Francia de Napoleón*, pues España pasó a ser aliada de los franceses en la etapa del Directorio de la Revolución Francesa. Esta subordinación a Napoleón trajo, entre otras consecuencias, la derrota en la batalla de Trafalgar (1805), en la que fue destruida gran parte de la flota española. Napoleón quería completar el bloqueo continental contra Gran Bretaña, por lo que decidió invadir Portugal, aliado de los británicos, y para alcanzar este objetivo firmó en 1807 con Godoy el **Tratado de Fontainebleau**, que permitió el paso de las tropas francesas por España para

conquistar Portugal y dividirlo en tres provincias, una de las cuales sería para el propio Godoy.

La oposición cristalizó en un partido antigodoyista, también llamado aristocrático o fernandino, integrado por nobles y clérigos favorables al príncipe Fernando, hijo de Carlos IV. Este partido preparó una conspiración contra el rey, pero fue descubierta y el príncipe encarcelado. Sin embargo, el rey se vio obligado a liberarlo, tras pedir Fernando perdón, debido a la presión popular (Proceso de El Escorial, 1807).

Entre el 17 y el 19 de marzo de 1808 tuvo lugar el **motín de Aranjuez**, promovido por sectores de la nobleza contrarios a Godoy, que provocó la destitución de este y la abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando, agravando la crisis de la monarquía. Para agravar la situación, las tropas napoleónicas, ya en España en virtud del Tratado de Fontainebleau, eran mal vistas por los españoles, pues temían que fuese una excusa para ocupar la Península.

2. La ocupación napoleónica y la Guerra de Independencia

Tras el motín de Aranjuez, Napoleón atrajo a la familia real española a Bayona, a donde Godoy, Carlos IV y Fernando VII llegaron a finales de abril de 1808. El resto de la familia real debía salir de Madrid el **2 de mayo**. Ese mismo día el pueblo de **Madrid se alzó contra las tropas francesas** que, por orden del general Murat, reprimieron duramente el levantamiento popular, dejando cientos de muertos. Mientras, la familia real firmó las “**abdicaciones de Bayona**”, por las que Fernando VII devolvió la corona a su padre, Carlos IV, quien renunció a sus derechos en favor de Napoleón. El emperador entregó la corona a su hermano José Bonaparte, que fue proclamado rey como José I. Carlos IV y Fernando VII recibieron compensaciones y quedaron exiliados en Francia.

La insurrección madrileña se extendió a muchas localidades españolas, en las que se publicaron bandos contra el invasor francés y **se formaron juntas para organizar el gobierno y la defensa**. Las juntas locales y provinciales fueron coordinadas posteriormente por la Junta Suprema Central, que asumió la dirección política de la resistencia en nombre de Fernando VII.

Las palabras nación, patria, rey y religión serán frecuentes en los bandos y proclamas de las juntas, de las que formaron parte, además del pueblo (la mayor parte de los componentes de las juntas), una parte notable de cargos del Antiguo Régimen, que en muchos casos dirigieron y organizaron la defensa.

El levantamiento, de fuerte participación popular, sorprendió al ejército francés, que no pudo ocupar ciudades como Girona, Zaragoza y Valencia, y sus sitios (en junio de 1808) fueron ejemplo de resistencia.

Los franceses intentaron instaurar por la fuerza en España un sistema que incorporaba

algunos principios y reformas de carácter liberal, aunque con una estructura autoritaria, y además respetando ciertos aspectos de las tradiciones del país. Este nuevo sistema se plasmó en el **Estatuto de Bayona**, un texto elaborado por ilustrados españoles bajo las directrices de Napoleón; era una carta otorgada elaborada desde el poder para limitarse a sí mismo. Además de remarcar el catolicismo del Estado, establecía la concentración de poderes en el rey, aunque había tres órganos consultivos (Senado, Consejo de Estado y Cortes). También se incluía, por primera vez en España, una limitada declaración de derechos y algunas reformas de carácter liberal, como la libertad de imprenta o la libertad de comercio.

José I, consciente de su poca popularidad y limitado poder (pues estaba subordinado en la práctica a Napoleón) tenía el objetivo de poner en marcha estas reformas. Intentó gobernar con el apoyo de los *afrancesados*, entre los que había ilustrados que consideraban que la colaboración con Francia podía favorecer la modernización del país. Sin embargo, fueron considerados traidores por buena parte de la población.

La ocupación de España no fue tan rápida como Napoleón esperaba. La victoria española en la batalla de Bailén (julio de 1808) obligó a José I a abandonar Madrid y las tropas francesas se retiraron al norte peninsular. Napoleón decidió entonces dirigir él mismo la guerra al mando de un gran ejército, con el que fue ocupando la mayoría del territorio español. Durante su estancia en España, Napoleón impulsó diversas medidas destinadas a debilitar el Antiguo Régimen, como la supresión de la Inquisición y de algunos derechos señoriales y la reducción del número de conventos. La superioridad militar tanto en hombres como en armas por parte de los franceses obligó a los españoles a realizar la guerra de guerrillas, con apoyo de un ejército inglés al mando del duque de Wellington. La *guerra de guerrillas* fue una forma de lucha irregular basada en pequeños grupos armados que conocían bien el territorio y atacaban por sorpresa a las tropas francesas, sus comunicaciones y sus abastecimientos, para retirarse posteriormente. Tuvo una importancia especial porque permitió mantener la resistencia incluso en los territorios controlados por el ejército francés.

Entre 1810 y 1812, las tropas napoleónicas tenían controlado casi todo el territorio, resistiendo apenas algunas zonas, como la ciudad de Cádiz. En 1812, los problemas de la campaña de Rusia que dirigió Napoleón le obligaron a retirar tropas de España para destinarlas a otros puntos de Europa, lo cual fue aprovechado por las tropas angloespañolas de Wellington. Su avance obligó a José I y a los franceses a abandonar Madrid rumbo a Valencia. Desde entonces, la victoria quedó del lado angloespañol y las sucesivas derrotas francesas de Vitoria y San Marcial (1813) obligaron a los franceses a regresar a Francia. Napoleón se vio entonces obligado a cerrar uno de los frentes que mantenía abiertos y firmó con Fernando VII el **Tratado de Valençay** (1813), por el que reconoció su restitución en el trono. Tras esto, *Fernando VII regresó a España ya en el año 1814, terminando así la Guerra de Independencia.*

Durante la guerra, **España se dividió políticamente en dos bandos bien diferenciados, los afrancesados y los patriotas**. Los *afrancesados* veían en el colaboracionismo con Napoleón bien una forma de implementar las reformas necesarias para mejorar España. Por su parte, los *patriotas* defendían la restauración de la monarquía borbónica con la figura de Fernando VII, aunque estaban divididos entre liberales y absolutistas. Este enfrentamiento entre los patriotas se reflejó en los debates de las Cortes reunidas en Cádiz desde diciembre de 1810.

3. Galicia durante la crisis de la monarquía absoluta y la ocupación napoleónica

En Galicia, poco después del levantamiento del 2 de mayo contra los franceses en Madrid, se sucedieron diferentes manifestaciones de rechazo en las principales villas y ciudades, al tiempo que se constituía la *Junta Superior del Reino de Galicia* en A Coruña. No obstante, las tropas francesas entraron en Galicia a comienzos de 1809 sin apenas resistencia y se hicieron con el control del territorio tras derrotar a las tropas británicas en la batalla de Elviña.

Tras la ocupación, gente de diversa procedencia, dirigida por curas y fidalgos, se organizó en *partidas guerrilleras* extendidas por toda Galicia, comenzando una guerra en la que la “reconquista” de Vigo y la batalla de Ponte Sampaio (ambas en la primera mitad de 1809) fueron hechos decisivos para la expulsión de los franceses del territorio gallego. La Junta Superior del Reino de Galicia pasó a depender de la Junta Suprema de Sevilla, al mismo tiempo que siguió abasteciendo con alimentos, dinero y hombres al resto del territorio español.

Mientras tenía lugar la lucha contra los franceses, en la sociedad gallega, sobre todo entre los sectores más acomodados, se produjo otra lucha interna: la que enfrentaba al clero y a la nobleza (que pretendían mantener el mismo régimen que había antes de la llegada de los franceses) con la burguesía (que defendía la instauración de un nuevo régimen político aprovechando la situación provocada por la ocupación francesa). De este modo, aparecieron, además de un efímero grupo de afrancesados, los primeros grupos políticos: el de los absolutistas o serviles (fidalguía y clero), apoyados por el arzobispo de Santiago; y los de los liberales (burguesía), donde figuraban especialmente los burgueses de A Coruña, pero también otras villas, y algunos catedráticos de la Universidad de Santiago de Compostela. Estos grupos difundieron sus programas políticos a través de las publicaciones periódicas que surgieron en estos momentos.